

CARTA XIX.

F***

Estoy tan restablecida, querida Carolina, que nuestra Madre me ha dado las llaves del campo para que esté yo á su cuidado: creo que nunca me he sentido mejor; el ejercicio que hago me fortifica, tengo muy buen color, mucha gana de comer; así no te inquietes por mi salud, y en lo de adelante déjate de darme consejos de higiene, que son inútiles, primero porque ya no los necesito, y segundo porque conozco mejor que tú mi naturaleza, y algunos me dan risa. Además de que como te he dicho, he adelantado mucho en la medicina, y nada ménos que ayer obtuve *una mención honorífica* por haber sangrado á una pobre mujer que estaba muy mala. Era mi primer ensayo, pero lo hice con maestría, atacué valientemente

la vena, sin temblar para nada. Decididamente he de llegar á ser un buen médico!

Tengo que hacerte una confesion que cuesta mucho á mi amor propio, y casi no sé cómo decírtelo para que no creas que soy tan ligera como una veleta, y que mi corazon parece hospital. Pero ¡qué digo? Esa es precisamente mi excusa. ¿No debe una hija de San Vicente tener á su ejemplo un corazon de hospital y amar á todos sus hermanos? Quién se atreverá á sostener lo contrario? Ciertamente no serás tú; pues entónces ya no me podrias acusar de inconstancia si te cuento que es mucho lo que me gusta la vida que aquí llevo, y los consuelos abundantes que recibo. ¡Qué bueno es Dios! Los placeres, las flores que el mundo nos ofrece, ocultan siempre desengaños y espinas; nuestro Padre celestial, al contrario, nos hace hallar bajo las espinas los más suaves perfumes, los más dulces consuelos! Para hablar sin metáforas, te diré, Carolina, que estoy maravillada, edificada, de la piedad de los habitantes de este lugar.

No solamente las mujeres son cristianas, aun los hombres son muy piadosos: la paz reina en las casas, la union en las familias, y los niños

son muy sumisos á sus padres y respetan mucho á los ancianos. ¿Y á quién se deben tan inapreciables beneficios? A una humilde hija de San Vicente, á una modesta y oscura hermana de la Caridad, que, tanto por sus oraciones, como por sus palabras, ha conseguido cambiar las costumbres, ántes depravadas, de nuestros buenos campesinos: el espíritu del mal habia llegado á inspirarles tal desconfianza para con su pastor, que le huían y se alejaban de la casa de Dios, por tal de no oír aquellas máximas que les desagradaban. El celo del buen párroco no habia logrado sino escasas é imperfectas conversiones, cuando Sor Clotilde, llamada por él, vino á fundar la casa que hoy existe. Durante varios años regó con sus sudores esta tierra inculca en que la fé no podia echar raíz; no desalentándose por el ningun éxito de sus esfuerzos, continuó esparciendo en esas almas, muertas á la gracia, la buena semilla, dirigiéndoles palabras de vida y salvacion, y por fin recogió el fruto de sus trabajos.

Así que ella hubo preparado el camino al señor Cura, entónces él se puso en accion, y con gran disgusto del infierno, se verificó una resurreccion general. Despues de una mision que

se predicó allí, todos, hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, abjuraron sus errores, detestaron su vida pasada, se reconciliaron con Dios, en el tribunal de la penitencia, y de entónces acá no se ha desmentido su fervor.

En este pueblo no llaman la atencion como en otras partes, las personas que cumplen con la Iglesia, sino más bien las que no lo hacen: por esto, como en las cercanías de las grandes fiestas no podia dar á basto nuestro anciano Cura á todas las personas que deseaban confesarse, pidió al Sr. Arzobispo que le enviase un vicario, y ha venido un eclesiástico ya muy querido en el país y que predica admirablemente bien, con lo que ya no echaré de ménos los sermones de Burdeos.

Despues de esto no extrañaré que quedes penetrada de respeto hácia Sor Clotilde, que cada dia gana más mi afecto y confianza: por otra parte su gravedad está templada sobradamente con su gran dulzura, que no excluye, sin embargo, cierta firmeza de carácter; es naturalmente séria, pero llena de indulgencia con las demás; es la primera que nos exhorta á estar alegres, y se aprovecha de cuantas ocasiones se le presentan para procurarnos inocentes

distracciones: parece que goza mucho cuando ve que nos divertimos.

Sor Carolina me refirió ayer un rasgo de su infatigable caridad, que no quiero dejar en silencio; como esta hermana fué testigo de él, le cedo con gusto la palabra, sin reservarme más que el derecho de tener la pluma y de escribir como si ella me estuviera dictando lo que vas tú á leer.

“Hacia pocos dias que estaba yo aquí, y no conocia todavía á nadie, cuando una mañana al volver de la Iglesia, donde me habia detenido un poco más que mis otras hermanas, oí al pasar delante de una casita de muy miserable aspecto, los gritos penetrantes de un niño que decia:—!Mamá grande, mamá grande, no te mates!.... Una voz respondia con cólera:—¡Hasta cuándo me has de dejar en paz?

Me detuve, y en un primer movimiento empujé la puerta, que por fortuna, mal asegurada, se abrió inmediatamente. Entré, y fui mirando á una infeliz vieja que golpeaba sin piedad á una niña de siete á ocho años, que la abrazaba y no queria desprenderse de ella, á pesar del medio tan brutal que empleaba para soltarse de esa ino-

cente criatura, cuyas facciones expresaban el susto y el dolor.

A mi vista, cesó la lucha; la anciana me vió con una mirada incierta y vaga, mientras que la niña, apresurándose á encontrarme, exclamaba:—¡Oh! hermana, venga vd. á impedir que mi mamá grande se mate!..... Me acerqué toda temblorosa á la anciana, y tomando una de sus manos que no se atrevió á retirar, la dije con la mayor dulzura que pude:— Vd. debe ser muy desgraciada ¡pobre señora!

—Sí lo soy! contestó entre dientes; y cómo me lo pregunta vd., añadió, cuando está vd. mirando que no quiero hacer caso de los ruegos de esa niña, que despues de mi muerte ha de quedar sola y huérfana sobre la tierra..... ¡Ah! debí haber comenzado por ella para libertarla de una existencia demasiado penosa para nosotras... ¡Oh! si hubiera, como dicen, alguna justicia allá arriba, habia de ser yo tan miserable cuando hay tantos tan ricos y tan felices!.....

Estas palabras me hicieron estremecer, y reprimiendo el penoso sentimiento que me causaban, la dije:

—No dudo, señora mia, que sus trabajos sean

muy grandes; pero no hay aquí abajo nadie que esté exento de sufrimientos; como vd. lo ha de saber muy bien, todos, cual más, cual ménos, somos pecadores, y con objeto de expiar nuestras faltas y hacernos merecer una dicha sin fin, es por lo que Dios permitié que los males nos visiten; y revelándonos contra su voluntad santísima, no hacemos más que aumentarlos en vez de disminuirlos. Por otra parte, ¿no teme vd. los juicios del Señor, que amenaza con castigos eternos á los que disponen de una vida de que solo Su Magestad es dueño? ¿Qué, quiere vd. despues de haber sido tan desgraciada en esta vida, seguirlo siendo por toda la eternidad?

—Es muy fácil hablar así para vd., que no le falta nada, contestó rechazándome con enojo; pero si vd. se hubiera visto como yo, dueña de un bonito rancho, y despues se quedara reducida á no tener por todo haber más que este jacal y una vaca, y que el pobre animal, única cosa que proporcionaba de comer, hubiera muerto á vuestra vista; querria yo preguntarla si hallaria vd. algo mejor que hacer, que acabar con tanta miseria, privándose de la vida?

—¿Ese es todo el motivo que le ha hecho tomar á vd. una resolucion tan mala? le pregunté.

—¿Y no es más que suficiente? me replicó. ¿Cree vd. que pueda yo sufrir mucho tiempo el suplicio que me prepara el hambre, las angustias que me atormentarán cuando esta pobre niña me pida pan, y no pueda yo dárselo?...

Al acabar estas palabras, prorrumpió en llanto, y yo le dije:

—Por qué desespera vd. de la Providencia divina? Vela hasta sobre los insectos más villes. ¿Cómo habia de abandonar á vd. Dios, que es su padre, y el más tierno de los padres?

—Entónces, ¿por qué no me dejó mi pobre vaca, como se lo supliqué tanto?

—Porque queria probar el amor que vd. tenia á Su Magestad; pero despues de la prueba viene el consuelo. Ahora suplíquele que le perdone su funesto proyecto, y esté vd. muy segura de que no tardará en enjugar sus lágrimas; tenga confianza en Dios, pues lo que es yo espero que le ha de dar pronto más de todo cuanto ha perdido.

—Movió la cabeza manifestando incredulidad; pero ya no se le observaba ni desesperacion ni enagenamiento. Antes de separarme quise que

me prometiera que no habia de volver á atentar á á sus dias.

—No, me dijo, yo no ofrezco nada: ya estoy cansada de la vida....

Insistí, gasté toda mi elocuencia para arrancarle esta promesa, sin poder obtener más que el que difiriese por unos dias la ejecucion de su fatal plan. Temblaba yo á la idea de dejarla sola, y al mismo tiempo comprendia la necesidad de ir á hacer que nuestra Madre superiora viniera en auxilio de esta desgraciada, cuyo corazon, lleno de despecho, estaba vacío de fé y de esperanza.

Al salir le hice seña á su nieta que me siguiera, y recomendándole brevemente que no la perdiese de vista y que llamase á alguna vecina, si la miraba volver á caer en el estado de exasperacion en que yo la habia hallado. Le pregunté su nombre.

—A mi mamá grande la llaman, la viuda de Don Pedro, y á mí me dicen Mariquita, me respondió la pobrecita niña.

Ya me iba yo, cuando fué á alcanzarme, y muy colorada y con los ojos bajos, me dijo:—Hermana, ¿qué no le dijo á vd. mi mamá qué desde antier no come nada?....

—¡Cómo así! ¡pobre señora!

—Sí, me interrumpió, no tenia más que un poco de pan.... y no quiso tomarlo, sino que me lo dió á mí.

—¿No tenia tampoco dinero?

—No, todo lo gastó en remedios para la vaca.

—¿Y por qué no fuiste tú desde luego á avisarnoslo?

—¡Ay! porque me hubiera regañado: dice mi mamá grande que mejor quiere morir que pedir un favor á nadie.

—Bueno; pues llévale eso, le dije dándole una cortedad que tenia yo en la bolsa; y le haces creer que es un préstamo que le hago, para que me lo pague cuando tenga otra vaca. ¿Me entiendes?

—¡Oh! sí, replicó saltando de alegría; pobre mamá grande, voy á comprarle pan.

—Sí, pero pronto; no vayas á detenerte por ahí.

—No tenga vd. cuidado, está muy cerca la panadería, y corro en seguida.

Ella se fué y yo me apresuré á volver á nuestra casa.

Sor Clotilde me recibió con un aire severo, y